

Documentos

5^o

CONGRESO

Movimiento sindical y táctica del Partido



1295.113

Documentos

5^o

CONGRESO

Movimiento sindical y táctica del Partido

SOBRE LA POLÍTICA NEOLIBERAL
DE 1980

ESTRATEGIA POLÍTICA DE LOS
PROLETARIOS

UNO DE LOS ASPECTOS

CONCRETOS DE LA POLÍTICA DEL P.C.E.

EN EL CONGRESO DE 1980 (1977)

DEL MOVIMIENTO SINDICAL

CONSTRUYER NUESTRAS BASES
SINDICALES

LA LUCHA SINDICAL Y

ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO SINDICAL

EN EL CONGRESO DE 1980 (1977)

DEL MOVIMIENTO SINDICAL

SOBRE TÁCTICA SINDICAL Y
DESARROLLO DEL PARTIDO EN EL
MOVIMIENTO OBRERO

EDITA

Partido Comunista de España (marxista-leninista)

Madrid 1988



DOCUMENTO

MOVIMIENTO SINDICAL Y TACTICA DEL PARTIDO

Indice

SOBRE LA POLITICA NEOLIBERAL DEL PSOE	7
SITUACION POLITICA DE LOS SINDICATOS	15
UGT-CC.OO.: Análisis comparativo	15
La crisis revisionista en CC.OO.	20
El IV Congreso de CC.OO. (dic. 1987) y la política del Partido	25
CONSTRUIR NUESTRAS BASES SINDICALES	31
Las bases revisionistas y socialdemócratas	31
Afiliación sindical, responsabilidades sindicales y trabajo de Partido	37
SOBRE TACTICA SINDICAL Y DESARROLLO DEL PARTIDO EN EL MOVIMIENTO OBRERO	41

*“El desarrollo del Partido, su implantación,
su crecimiento numérico y la ampliación de
su influencia revolucionaria es la primerísima
tarea que tenemos marcada de cara al
movimiento obrero”.*

Del Informe del Comité Central
al IV congreso del PCE (m-l)

SOBRE LA POLITICA NEOLIBERAL DEL PSOE

Uno de los objetivos del Partido durante los últimos años, plenamente vigente hoy en día, es el de la lucha contra la política económica del gobierno, en un sentido profundo; es decir, que luchar contra la política económica del PSOE es hacerlo contra las bases fundamentales de la política de la oligarquía, la gran banca, la gran patronal y los intereses de los EE.UU. y demás países imperialistas en nuestro país.

El PSOE, que en un tiempo récord ha pasado de socialdemócrata a neoliberal, en sus postulados y en sus objetivos económicos y políticos, ha sido el gran protagonista y el instrumento fundamental del continuismo monárquico para poner al día y reajustar los intereses de clase de la oligarquía financiera y del imperialismo en sus diferentes vertientes (norteamericana, alemana, francesa, inglesa, japonesa...) a las actuales circunstancias de crisis general capitalista que vivimos.

Aunque el discurso socialdemócrata permanece: su fraseología propagandista, sus promesas, sus latiguillos verbales, sus grandes y vacíos enunciados; su práctica ha cambiado, como cambió hace ya tiempo en los países europeos.

Ya no se trata de la opción entre una política reformista (socialista) y otra socialdemócrata, como algunos miembros del PSOE plantearon en su XXXI Congreso. Los propios postulados socialdemócratas han quedado atrás y han sido sustituidos por un neoliberalismo claro y neto, por un canto a "los logros económicos que ha conseguido el gobierno" (Luis Yáñez) para la oligarquía.

La labor gubernamental de la socialdemocracia, especialmente en los países de mayor desarrollo económico, se basó en una teórica "buena voluntad" de que la "explotación derivada del siste-

ma capitalista se puede compensar mediante la apropiación de parte de la renta de la sociedad y su redistribución mediante el gasto social" (Manuel Escudero Zamora*). Se trataba, tras negar la revolución, la colectivización y hasta la simple nacionalización de algunos sectores básicos, de limitar todo programa económico "progresista" a una programación de la asistencia social sostenida por la política fiscal.

Pero la crisis general del capitalismo, desencadenada en los años setenta y su prolongación en los ochenta, hace que los viejos esquemas socialdemócratas entren también en crisis. Su modelo de "Estado del bienestar", tan caro hoy a Felipe González y los suyos, ha seguido el mismo camino.

Con la legalidad postfranquista y posteriormente con su acceso al gobierno, el PSOE acelera su marcha hacia la derecha y en muchos menos años que cualquier otro partido de su cuerda de la Internacional Socialista, se hace neoliberal.

La misión del PSOE en el gobierno, tras los años de transición en que principalmente el PCE hizo de barrera de contención para evitar una real ruptura democrática, vino marcada por las alternativas y medidas que ante la crisis exigía la banca, la gran patronal y el imperialismo.

En consecuencia, el objetivo del PSOE ante la crisis es descrito por Manuel Escudero, de la siguiente manera:

"La crisis actual demandaba devolver rentabilidad al capital, apoyar la reestructuración de sectores en declive, favorecer un salto en la productividad, mediante una nueva base tecnológica".

Complementariamente, se pone en práctica una "moderación del gasto social", en función de

(*) Miembro de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE.

apoyar la "inversión productiva" privada. Ahí aparecen las exenciones de todo tipo, las rebajas empresariales al pago de la seguridad social, que además se hace cargo del pago de las regulaciones de empleo de la empresa privada, las ventajas múltiples para el capital y al mismo tiempo el deterioro de los servicios públicos, la sanidad, correos, las pensiones, la cobertura del seguro de paro..., base todo ello del tan cacareado "bienestar" socialdemócrata del pasado.

En efecto, el gobierno PSOE ha dado rentabilidad al capital. La banca, en términos generales, ha superado ininterrumpidamente, desde 1983, el 20 por 100 de beneficio anual, 30,73 por 100 en 1987, y la formación bruta de capital fijo alcanzó en 1986 el 11,9 por 100 y un 13,5 por 100 en el 87, lo que se ha considerado por todos los comentaristas económicos como un "enriquecimiento espectacular" de las empresas.

La reestructuración no sólo ha sido apoyada, sino llevada a cabo drásticamente por el PSOE, en contra de los intereses de los trabajadores, lo que ha significado el despido, entre 1982 y 1986, de 1.417.826 obreros.

El salto en la productividad también se ha dado, superando, en el índice de algunos años, los niveles de Japón, pero a base de mayores ritmos de trabajo, un aumento de los accidentes laborales mortales (1.592 en 1986, frente, por ejemplo, a los 440 en Inglaterra), y la introducción de una tecnología que no disminuye las horas de trabajo, sino los puestos de trabajo, en función de rebajar los costes salariales y facilitar esa tan perseguida rentabilidad del capital, o sea, el beneficio privado de unos pocos. No se trata de que los marxista-leninistas nos opongamos o neguemos las ventajas del desarrollo científico y tecnológico. Eso es algo que ya defendió Marx y todos los grandes marxistas posteriormente. El problema es al servicio de qué

clase está dicho desarrollo y a qué clase favorece y beneficia.

Estamos ante un partido y un gobierno que conservan su discurso socialdemócrata y reformista, pero *cuya práctica es estrictamente neoliberal y capitalista ortodoxa en cuanto a sus objetivos y métodos.*

Esta política se presenta, además, como "la única posible... sin lo de socialista" (Pasqual Maragall), quien añade, muy significativamente: "*Lo que ocurre es que los socialistas estamos en mejores condiciones para aplicarla que la derecha*".

Frase que no sólo aclara el carácter derechista de la política gubernamental, sino que nos da también algunas claves del proceso de transición y de restauración monárquica en cuanto a sus motivaciones inmediatas.

En una palabra, el PSOE no está modernizando el país sino poniendo al día el capitalismo en España, en la medida de lo posible y eso, dado el tremendo coste social, no podía hacerlo el franquismo de los años setenta, ni pudo hacerlo la derecha de UCD, ni podía hacerlo Fraga. La olla corría peligro de estallar. El PSOE sí estaba en "condiciones para aplicarla".

Y lo está haciendo siguiendo la misma metodología económica y con los mismos dolorosos resultados para los trabajadores y el pueblo con que lo hizo el franquismo durante su fase desarrollista (1961-1967) y años posteriores, bajo los auspicios del BIRD (hoy Banco Mundial), del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos controlados todos por el gobierno norteamericano. Se da, pues, un verdadero continuismo económico.

Hoy, el neoliberalismo gubernamental enarbo-la el aumento del PIB durante 1987, el 4,3 por 100, como un triunfo, así como la relativa modernización tecnológica y el aún más relativo freno de la inflación. Con todo ello, se pretende que en España

"se vive mejor". Lo que se oculta es que el descenso en términos reales de los salarios entre 1982 y 1986 ha sido del 6,3 por 100; que en el mismo espacio de tiempo los gastos de la seguridad social con respecto al PIB han permanecido sin el más mínimo aumento y que, sin embargo, los empresarios, del 82 al 85, han visto reducida su cotización a la S.S. en 3,28 puntos. A esto se llama "moderación salarial" y "reducción de gastos sociales" para incrementar la "inversión productiva". En pocas palabras, hacer que unos pocos sean más ricos y vivan mejor, a costa de que la mayoría vea deteriorados los servicios públicos y sociales y sus salarios y vivan peor. No nos referimos, claro está, a una comparación con la época franquista. De lo que se trata es de que cerca del 90 por 100 de los ingresos impositivos del Estado provienen de las rentas salariales y, sin embargo, no redundan en una mejora adecuada y proporcional en los servicios sociales para todo el pueblo y que, incluso, algunos de ellos están actualmente en franco deterioro.

Las tres grandes bases del desarrollismo franquista, inversión imperialista de capital extranjero, emigración y turismo y fuerte déficit de la balanza comercial en función de la compra de técnica, se mantienen casi matemáticamente en la gestión del PSOE.

La inversión extranjera, con todo lo que trae de dependencia y sometimiento a decisiones político-económicas de los países imperialistas punta, se ha multiplicado durante los últimos años como jamás antes. La correspondiente a 1987 ha sido calificada de "espectacular", alcanzando la cifra, en cuanto a la inversión neta privada, de 9.000 millones de dólares.

La emigración, válvula de escape del franquismo, ha sido sustituida, en esta nueva "modernización" perseguida por los "socialistas", y debido a la crisis general que también afecta a Europa, por la

cifra de paro más alta de los países industrializados, un 21 por 100, tres millones de personas, con una cobertura tercermundista de un 27 por 100, cuando Felipe González "prometió" para diciembre del '86 una cobertura del 48 por 100 (1).

La crisis, durante la monarquía, ha elevado la cifra de paro de 1975, situada en 275.000 hasta los actuales tres millones. Sólo entre julio del 86 y julio del 87 fueron arrojados al paro 176.254 trabajadores.



(1) Un 21 por 100 que, si nos guiásemos por los baremos de empleo de la Comunidad Económica Europea, sería todavía superior, ya que, en España, la población activa entre los 17 y los 64 años es del 56,7 por 100 (índice sobre el que se cuenta el paro), mientras en la CEE es del 65 por 100. Por tanto, en nuestro país debería haber, y las hay, 1.300.000 personas más en busca de trabajo.



Una situación que la dictadura, en sus últimos años, difícilmente hubiera podido aguantar sin hundirse, pero que la democracia gestionada por el PSOE sí puede hacerlo.

En cuanto al turismo y sus divisas sigue desempeñando el mismo papel que con Franco, como equilibrador de la balanza de pagos. Como recientemente afirmaba J. M. Carbó, presidente de la Asociación Empresarial Hotelera de Madrid: "Turismo y hostelería son el apagafuegos del déficit".

La balanza comercial está reproduciendo la misma tónica que durante el desarrollismo franquista, agravada en el 86 y 87 por la entrada de España en el Mercado Común Europeo. El déficit comercial en 1986 fue de 7.100 millones de dólares y en 1987 de 14.000 millones de dólares. Entre otras cosas (los problemas de los productos agrícolas, por ejemplo), el desarrollo tecnológico no se hace

por la inversión en investigación, sino por la compra directa de tecnología, maquinaria y el pago de "royalties".

Todo un panorama de éxitos que podían completarse con los nuevos anuncios de "moderación salarial", la orientación del dinero público al saneamiento de la empresa privada para que siga siendo privada, las previsiones para el 88, 89 y 90 de que las cosas ya no van a ir "tan bien" o recordando que la deuda externa española está en los 24.000 millones de dólares, equivalente prácticamente a la reserva de divisas.

Que, en estas condiciones, se hayan conseguido resultados económicos que alborocen a la banca y al empresariado es totalmente lógico. Incluso, comparativamente, Franco, con la misma metodología y gracias a una coyuntura internacional favorable, consiguió aumentos del PIB, por ejemplo, bastante más espectaculares (el 11,43 por 100 en 1961).

Las victoriosas cifras económicas del gobierno, ni lo son tanto, ni lo son en absoluto para la clase obrera y los pueblos de España.

SITUACION POLITICA DE LOS SINDICATOS

UGT-CC.OO.: Análisis comparativo

Nuestro trabajo sindical, aunque esté centrado en CC.OO., en la medida de nuestras fuerzas y conforme vayamos desarrollándolo, hemos de ampliarlo a otros sindicatos, fundamentalmente UGT, CNT y otros, incluidos los de corte nacionalista en las nacionalidades históricas. Un partido comunista, un partido de la clase obrera, debe enfocar y proyectar su labor hacia el conjunto de la clase y no sólo al sector organizado en uno u otro sindicato. Lo que no quiere decir que valoremos por igual a todas las centrales. Si hemos centrado nuestra actividad en CC.OO. es porque ahí está, en líneas generales, el núcleo más combativo de la clase y en sus filas se aglutinan los obreros que se sienten comunistas y que simpatizan con el comunismo, independientemente y por encima de que estén influenciados por una u otra corriente revisionista.

CC.OO. ha de ser, por tanto, el medio natural inmediato, en los actuales momentos, para nuestro trabajo en el seno del movimiento obrero, sin abandonar, por supuesto, las posiciones que podamos tener en UGT o nuestras relaciones con CNT. Hecho este último que hemos de valorar debidamente, ya que hay comunistas que preconizan la labor en los sindicatos socialdemócratas y rechazan el trabajo en los anarquistas.

El PCE(m-l) lucha por la unidad de clase y defiende los intereses generales de la clase obrera; quiere esto decir que estamos contra la división de los trabajadores en siglas sindicales y contra el enfrentamiento de unos sectores contra otros.

En UGT, donde trabajan algunos camaradas y tenemos también algunas responsabilidades, están



afiliados unos 600.000 trabajadores, según cifras oficiales de la central. Sabemos que UGT está dominada por una dirección socialdemócrata, que es la central más ligada al gobierno y que estatutariamente todo miembro del PSOE está afiliado a UGT. Por tanto, en esta central no sólo la dirección, sino que importantes sectores de la misma, aristocracia obrera ligada a los nuevos desarrollos tecnológicos, técnicos, funcionariado alto y medio, etc., son profundamente anticomunistas. Todo eso hemos de tenerlo muy en cuenta, porque es la realidad.

No obstante, en el panorama sindical español



no se pueden ignorar algunos datos importantes al respecto.

La crisis y las luchas intestinas de las familias revisionistas, trasladadas a CC.OO., así como las concepciones patrimoniales y sectarias de las mismas, han hecho que esta central sindical, desde 1978, año en que alcanzó su cota máxima de afiliados y una de las más altas en delegados sindicales de empresa, haya ido perdiendo casi ininterrumpidamente unos y otros. UGT, sin embargo, ha ido aumentando ininterrumpidamente unos y otros. Así, en lo referente a delegados, podemos ver la evolución en el cuadro siguiente:

ELECCIONES SINDICALES
(Tanto por ciento de delegados)

	1978	1980	1982	1986
CC.OO.	34,5	30,9	36,7	34,5
UGT	21,7	29,3	33,4	40,9

Por supuesto que el gigantesco apoyo económico del gobierno e incluso, en su momento, de los sindicatos socialdemócratas europeos y de los sindicatos norteamericanos, ha influido de manera capital para ayudar al auge de UGT. En 1987, la socialdemocracia empleó más de 1.000 millones en desarrollar una campaña de afiliación sindical. En septiembre del 86, el gobierno del PSOE "trasladó" a su brazo sindical 4.144 millones de pesetas de las arcas del Estado que tuvieron mucho que ver en los avances conseguidos por UGT en las elecciones de delegados de empresa. En el 87 recibió otros 2.000 millones más.

Actualmente se está ya preparando la creación de una banca sindical de UGT.

Se trata de un proceso que ha convertido a los grandes sindicatos socialdemócratas de Europa (Alemania, Suecia...) en verdaderos monopolios económicos con intervención en las más diversas esferas (banca, seguros, inmobiliarias, comercio...) que explotan a miles de trabajadores en condiciones semejantes a las de cualquier patronal.

La concepción socialdemócrata y neoliberal de un "sindicalismo de servicios" ha ganado terreno en determinados sectores intermedios, frente a las divisiones internas y enfrentamientos que el revisionismo ha trasladado a CC.OO. y frente a la política sindical oportunista y vacilante, entre el re-

formismo y la claudicación total, que los dirigentes del PCE ejercen a diario en el sindicato.

Este sindicalismo "de servicios" ugetista ha sido aderezado últimamente con gestos y posiciones demagógicos y de supuestas críticas a la política del gobierno (el propio Nicolás Redondo, Saracíbar y otros) al objeto tanto de enmendar el desprestigio socialdemócrata en los sectores obreros más golpeados por la crisis y las medidas gubernamentales, como para aprovechar las desavenencias internas de CC.OO. causadas por los revisionistas.

Para nuestro Partido no se trata de hacer una política globalmente anti-UGT, sino de denunciar a la socialdemocracia y, de manera muy particular, las actitudes anticomunistas y antiobreras de sus dirigentes y cuadros. En la medida de nuestras posibilidades y del desarrollo de nuestras fuerzas hemos de incidir en UGT, desde CC.OO. o directamente, con nuestras posiciones de unidad por la base y en acciones concretas, sobre todo a nivel de secciones sindicales de empresas y de sectores en lucha.

En las citadas elecciones sindicales del 86, UGT obtuvo 66.411 delegados y CC.OO. 56.065. Posteriormente, en las celebradas en el 87 en el sector público (donde se contabiliza, entre otros, enseñanza, sanidad, correos, etc.), *y donde el patrón es el gobierno PSOE, CC.OO. ha aventajado a UGT.* Lo mismo sucedió anteriormente en importantes empresas públicas (Renfe, Telefónica, Hunosa, etc.) y, en general, en las grandes empresas del país. Mientras, UGT domina en las pequeñas y medias, servicios y en las capas mejor pagadas de las grandes.

Son datos a tener en cuenta, y es importante conocer cómo se mueven los diferentes sectores de nuestra clase y el sentido de estos movimientos.

UGT, además del apoyo gubernamental, tiene clara y abiertamente el de la patronal. Tanto es así que, pese al historial pactista y colaboracionista de

los dirigentes de CC.OO. que, en muchos casos, no se ha diferenciado en nada de los de UGT, la patronal está ya actuando con listas negras y descarada discriminación respecto a los trabajadores afiliados a CC.OO.

Es muy normal ver cómo, en los contratos temporales, se rechaza su renovación a los miembros de CC.OO. o que, para contratar a nuevos trabajadores, se elimine, como quien dice "de oficio", a los compañeros de CC.OO.

Es ésta una actividad profundamente antisindical que cuenta con la complicidad de los dirigentes de UGT y que, por ejemplo, el último Congreso de CC.OO. tampoco denunció.

Al calor de la paz social, del talante corporativista y del temor que produce la crisis y la amenaza constante del paro, la patronal, el gobierno y el "sindicalismo de servicios" pretenden aislar paulatinamente a las tendencias comunistas y revolucionarias en CC.OO. mediante la discriminación y la liquidación en la práctica de los derechos sindicales.

Igualmente es cada día más importante la denuncia de los sindicatos patronales que actúan ya en no pocos centros de trabajo, implantando una política fascista de miedo y represión contra cualquier amago reivindicativo o de lucha de cualquier trabajador. Tal ocurre, por ejemplo, en El Corte Inglés, la Citroën, Clínica de la Concepción, el CSIF entre el funcionariado público y un largo etcétera.

Todo ello constituye una línea reivindicativa y política de importancia, que los comunistas hemos de plantear tanto en el seno de CC.OO. como frente al gobierno y la patronal.

La crisis revisionista en CC.OO.

Como hemos señalado, las concepciones patrimoniales y sectarias del PCE y sus diferentes ramas

y familias, han repercutido gravemente sobre CC.OO., precisamente en momentos en que importantes sectores obreros y cuadros locales y de rama del sindicato han mantenido difíciles luchas contra la política económica del gobierno y las medidas de la patronal.

No se puede llevar una política de claudicación, agravada por los enfrentamientos de pasillos y la falta de un debate político abierto y claro; no se puede querer imponer alternativas electorales únicas (antes PCE, ahora IU, mientras dure) y recurrir a todo tipo de maniobras para arrinconar a las corrientes y los militantes más combativos y "molestos" para el "aparato", sin que todo ello tenga una repercusión seria en las propias filas sindicales.

En 1978, en el momento de su I Congreso, CC.OO. declaraba tener 1.831.000 afiliados; en 1983 ya eran 377.095 y en el IV Congreso de 1987 sólo había 353.000 afiliados.

Además, también CC.OO. depende en lo fundamental, en cuanto a sus ingresos, de los presupuestos del Estado. La baja afiliación, la falta de vida sindical y el desinterés de muchos afiliados que ven que no se cuenta para nada con ellos, que ni se les informa debidamente, ni se respetan sus decisiones e intereses, que se despolitiza sistemáticamente el sindicato y que todo se decide en conciliábulos de pasillo entre unas y otras fracciones revisionistas, provoca, evidentemente no sólo la desafiliación, sino el liberalismo total a la hora de abonar las cuotas o de arrimar el hombro en los muchos quehaceres sindicales. Con todo ello, característico del estilo PCE en CC.OO., se aumenta la dependencia del sindicato de esos presupuestos estatales controlados por el PSOE y sobre todo la de la burocracia sindical, fomentándose, además, el cobro de cuotas por nómina, que aun pareciendo cómodo para el sindicato, no deja de tener sus inconvenientes, ya que trae como consecuencia, precisamente



en las grandes empresas, el control de la afiliación y del estado de fuerzas del sindicato por parte de la patronal, favoreciéndose además la elaboración de listas negras.

La afiliación conjunta de UGT y CC.OO. no llega al millón de trabajadores, según cifras de las propias centrales. Aun contando la afiliación a CNT, USO, ELA-STV y otros sindicatos nacionalistas, el SOC andaluz etc., *el nivel de afiliación sindical en España resulta bajísimo, lejos de ese 20*



por 100 que, como índice oficial, se acostumbra a dar.

Este nivel es aún más bajo en el caso de los jóvenes. *Sólo el 7,3 por 100 de la población ocupada entre los 16 y los 19 años está afiliada a uno y otro sindicato.*

Un dato, pues, para nuestro trabajo sindical: *más del 80 por 100 de la clase obrera no pertenece a ningún sindicato y más del 90 por 100 en el caso de la juventud.* Otro dato importante, en lo que se refiere a CC.OO., es que en las elecciones sindicales la relación afiliado—número de votos conseguidos es mucho mayor que en el caso de UGT, ateniéndonos siempre al número oficial de afiliados.

En el caso, por ejemplo, del sector de la enseñanza, en el País Valenciano, mientras UGT consiguió un voto por cada afiliado, CC.OO. contabilizó cinco votos por cada afiliado.

Todo ello demuestra la existencia, en el seno de la clase obrera y en sectores amplios de trabajadores de un rechazo al sindicato del gobierno y la búsqueda de una alternativa sindical a la izquierda y que CC.OO. tiene un margen material y manifestado para ampliar su afiliación, después de años de perderla. No se trata de que el último Congreso, con su talante izquierdizante que deberá demostrarse en la práctica y sus ligeros cambios en la co-

rrelación de puestos dirigentes entre las familias revisionistas, haya influido en dichas tendencias. La desafiliación sigue estando presente, pero es un hecho que en las secciones sindicales y en las empresas hay nuevos responsables y delegados que en muchos casos ya no pertenecen al área de influencia directa del PCE y sus fracciones y que, en el sector público al menos, sí se está dando de manera paulatina un fenómeno de nueva afiliación.

En resumen, el rechazo de UGT no significa aceptación de CC.OO., dado el comportamiento revisionista, pero sí un movimiento hacia la izquierda que redundaría o puede redundar en beneficio de



CC.OO. y, en concreto, a favor de sus tendencias más dinámicas y combativas, de ahí la demagogia izquierdizante de los dirigentes del PCE en la cúpula confederal durante el IV Congreso.

Un IV Congreso que fue calificado por esos mismos dirigentes, con inaudita irresponsabilidad, como el congreso del avance y del "optimismo histórico", y saludaron la aparición de una "nueva era".

Claro que cabe preguntarse, ¿de qué nueva era se trata?, ¿la de las luchas intestinas del revisionismo trasladadas al sindicato?, ¿la de la desafiliación sindical, sobre la que nada se analizó, ni se profundizó?

No estamos en ninguna "nueva era", sino en la que ya definiera Lenin como del imperialismo y las revoluciones proletarias, y en un periodo de crisis general del capitalismo en todas sus formas, incluida la revisionista—burocrática de la URSS, que entraña una enorme dureza y complejidad de la lucha de clases en todas sus manifestaciones.

El IV Congreso de CC.OO. (diciembre de 1987) y la política del Partido

La política de CC.OO. ha sido siempre la que el PCE le ha marcado, y el PCE ha trasladado siempre, con pretensiones de monopolio y de manera sectaria y burocrática, su política a CC.OO. De ahí la concepción patrimonial, de propiedad privada, que el PCE tiene de CC.OO. De ahí también los límites, problemas y crisis profundas que CC.OO. ha sufrido, especialmente durante los últimos años, al recibir de lleno en sus filas las consecuencias directas de la crisis revisionista, y del fraccionamiento organizativo del PCE.

El IV Congreso de CC.OO. confiesa debilidades de afiliación y de autofinanciación; lo que no se hace es analizar la correlación existente entre

ambas debilidades, ni se buscan las causas profundas de las mismas.

En varios puntos del Informe General se insiste en la necesidad de aumentar la afiliación, aunque no da ni una sola orientación para cumplir dicho objetivo.

Respecto al importantísimo tema de la concertación y los pactos sociales, el IV Congreso rechazó todo análisis de clase y se limitó a un análisis superficialmente autocrítico, sin llegar, ni en profundidad, ni en espíritu consecuente, a una crítica medianamente seria.

Sin embargo, esos leves apuntes críticos que, además, hacen abstracción de a quién deberían ir dirigidos (al PCE como partido monopolizador de la dirección de CC.OO. y hacedor de la política criticada), son aspectos que nuestro Partido ha señalado desde siempre y en el momento en que tales errores y tales políticas de pactos sociales se estaban llevando a cabo.

Descubrir ahora, por ejemplo, "...que no se deben hacer acuerdos globales que fortalezcan la posición social o política de la gran patronal y del gobierno"; y que "si a la vez desmovilizan a los trabajadores, aún menos", constituye un triste mérito.

Desde el Pacto de la Moncloa (en el que no participaron los sindicatos, pero que CC.OO. defendió por haberlo firmado el PCE, y del que se dice ahora, diez años después, que "debilitó al movimiento obrero justamente cuando más lo necesitaba el capital y la derecha"), pasando por el ANE, AES, AMI, AI, etc., la posición del PCE(m-l) fue de crítica y denuncia, y recibimos ataques por ello y fuimos tachados de "izquierdistas". Ahora, se dice tontamente que fue la patronal y el gobierno quienes no cumplieron los pactos y tuvieron un comportamiento de clase y no "nacional". Naturalmente. Los que no tuvieron un comportamiento de

clase, ni hacen un análisis de clase de dichos pactos, son los dirigentes del PCE en CC.OO.

En esa crítica de mantequilla del IV Congreso, faltó que se citasen nombres, siglas y políticas responsables para que tuviese un mínimo de credibilidad. Nombres y siglas que hicieron posibles esos "acuerdos globales" que fortalecieron a la gran patronal y al gobierno y que "desmovilizaron a los trabajadores".

Esta política del PCE es la política de la aristocracia obrera y de sectores de la tecnocracia y determinadas capas medias. Pero ni el Congreso de CC.OO., ni el PCE, dicen una palabra de estos sectores, ni de su papel político y peso específico en dicho partido y en las filas sindicales, como aliados estratégicos y tácticos en la actual coyuntura (transición, "democracia", monarquía) de la oligarquía y el gran capital.

Así, esas presuntas y leves autocríticas que se esbozaron en el Informe General del último congreso de CC.OO., quedan descalificadas cuando se afirma en las ponencias que "en España fue la 'razón política' de un Estado en transición la que instauró y ha enmarcado la concertación al más alto nivel".

Esto aclara que los dirigentes de CC.OO firmaron por *razones políticas de Estado* pactos y concertaciones. Pero, ¿qué razones políticas eran ésas? Las del partido al que pertenecían, las del PCE. ¿Y qué Estado era ése? La monarquía continuista.

Tan es así que en el IV Congreso de CC.OO. se dijo que *"los acuerdos generales en nuestro país han jugado un papel subsidiario respecto a acuerdos o estrategias políticas"*.

Los pactos sociales, concertaciones o como se les quiera denominar, es evidente que obedecen a estrategias y compromisos políticos de partidos. En el caso de CC.OO., ha "jugado un papel subsidiario..." respecto del PCE; la central sindical ha estado, y lo malo es que todavía lo está, sometida a la

estrategia política del PCE y sus fracciones. No hay, no se fomenta el debate y confrontación política en el seno de CC.OO.; se lleva a cabo una consciente despolitización, pero, al mismo tiempo y sin que los miles de afiliados se pronuncien, se toman las decisiones de CC.OO. en función y al servicio de la política de un partido, el PCE.

Un partido que, por ejemplo, defendió a capa y espada el ANE sobre la peregrina idea de que se iban a crear ¡¡350.000 puestos de trabajo!! Si aquello no fue una claudicación consciente de un partido conciliador que sólo busca frenar y "encauzar" las luchas al gusto patronal, ¿cómo explicarse tamaño despropósito?

Despropósito que no acabó ahí. Así, con mal compuesta ingenuidad culpable, se escribió también en este IV Congreso que la actitud de los sindicatos en estos pactos, fue de "responsabilidad nacional y democrática" (y de irresponsabilidad de clase, añadimos), mientras la patronal y la derecha "aprovecharon las coyunturas políticas difíciles" para anteponer "sus intereses al interés general".

Pero, ¿qué es el interés general? El de la mayoría, y la mayoría es la clase obrera y el pueblo. En este sentido, el PCE y CC.OO. arrastrada por él, fueron irresponsables frente al interés de la mayoría, actuaron dando cancha y facilitando las cosas a la patronal y la derecha, a la oligarquía financiera dominante, en una palabra, para que se "aprovecharan" de esas "difíciles coyunturas políticas". Los revisionistas "olvidaron" voluntariamente algo tan sencillo como la lucha de clases, y su política fue la de favorecer al capital y no a la clase obrera.

El PCE, pues, impuso de manera irresponsable y sectaria su propia estrategia de claudicación—conciliación—colaboración a CC.OO. en momentos claves de la transición. Un flaco favor de ese partido al sindicalismo y al movimiento obrero, que todavía hoy se está pagando. Hasta tal punto es así que se



llegó a decir (¡a buenas horas, pues nuestro Partido lo viene diciendo desde hace ocho años!) que "hoy resulta obvio constatar que la transición no se ha saldado positivamente para los trabajadores y para el movimiento sindical, ni en el plano de la correlación de fuerzas a nivel político, ni en cuanto al desarrollo de los derechos, libertades y poder institucional de los sindicatos".

Pero lo que no se señala en esta tan sólo aparente autocrítica es ¿por qué todo eso, quién ha colaborado y lo sigue haciendo, directa y activamente, para que así fuese? Ahí es donde surge de nuevo el PCE, sus camarillas y sus compromisos con la monarquía.

Que en el IV Congreso las ponencias dejaran escrito que "la Confederación Sindical de CC.OO ha rechazado y rechaza el pacto social entendido como la sumisión del sindicato a los intereses del capital y la renuncia a la movilización de los trabajadores" ni basta, ni ofrece ninguna garantía, pues

quienes lo dicen pertenecen al mismo partido y están sometidos a la misma política y en la mayoría de los casos son los mismos que hicieron posible esa transición que "no se ha saldado positivamente para los trabajadores", esa transición hecha a medida de "los intereses del capital".

En este IV Congreso de CC.OO. con sus "matices críticos" y arreglos entre camarillas, se pretendía solucionar las diferencias entre las diferentes familias revisionistas. Pero tras pequeños reajustes por las alturas que desplazaron a empecinados carrillistas (Ariza, Marín, Tueros y otros) esas diferencias siguen ahí. No sólo no se presentó ninguna alternativa real a los aspectos que se pretendieron criticar, sino que, pasado el Congreso, en diversas intervenciones de los nuevos (que no son tan nuevos) dirigentes, se han suavizado todavía más esos "matices críticos" para ajustarse aún más a las posiciones del PCE.

Actualmente este partido sigue monopolizando los organismos claves de la Confederación. Eso es negativo; ha sido negativo, es negativo y seguirá siendo negativo para la clase obrera y aún más para los sectores más explotados, los parados, los jóvenes trabajadores.

Es necesaria e imprescindible, pues, una labor crítica y de denuncia política, seria y fundamentada, una confrontación abierta y clara, ante los afiliados y sobre los problemas más importantes de nuestra clase, para conseguir desplazar a ese partido monopolizador que tanto daño ha hecho y hace a nuestra clase. Se trata, en definitiva, de que se vuelva a llevar una política comunista al seno de los sindicatos.

CONSTRUIR NUESTRAS BASES SINDICALES

Las bases revisionistas y socialdemócratas

La construcción de nuestras bases sindicales, las bases sindicales de los marxista-leninistas, es una de las tareas fundamentalísimas hoy del Partido, imprescindible para el desarrollo de nuestras filas y de la influencia comunista marxista-leninista en la clase obrera.

A partir del plan de estabilización y de la puesta en marcha por el franquismo de los llamados "planes de desarrollo", durante los años sesenta y primeros setenta, bajo los auspicios del BIRD (hoy Banco Mundial), del FMI, la OCDE y de otras entidades internacionales bajo control imperialista, se produce en España un desarrollo industrial muy desigual, que empobrece y desertiza una buena parte del país, y cuyos sacrificios fueron a cargarse sobre las espaldas de los trabajadores (emigración, pésimas condiciones de trabajo, salarios bajos y ausencia total de derechos laborales, sindicales, políticos, etc.)

En este período, analizado ya en diversos documentos del Partido ("Línea Política", "Características generales y papel de la aristocracia obrera en España", intervención de E.Odena en el Pleno del CC del PCE (m-l) del 15-mayo-1983; "Aspectos nacionales e internacionales de la actual coyuntura política", E.Odena del Informe del C.E. al Pleno del CC del PCE (m-l), febrero de 1981), aumentó sensiblemente la clase obrera en España y aparecieron de manera clara y definida, en las viejas y en las nuevas zonas industrializadas, sectores socialmente importantes de aristocracia obrera y tecnocracia, al calor de las grandes inversiones extranjeras y de la instalación en nuestro país de las principales multinacionales, que dieron un fuerte impulso a una parte de la industria existente (siderurgia, astilleros,

energía, etc.) y desarrolló otras nuevas o de reciente instalación (automóvil, química, electrónica, comunicaciones,...)

Este periodo de auge, vivido bajo condiciones de dictadura fascista, coincide con un desarrollo económico a nivel europeo que lo facilitará, y con las consecuencias para todo el movimiento comunista internacional que tuvo el XX Congreso del PCUS



(1956) y la culminación del viraje revisionista que Jruschov y sus seguidores dieron a los fundamentos políticos, económicos e ideológicos de la URSS. Estos fenómenos repercuten con fuerza en el PCE con la llegada a los máximos puestos de responsabilidad de Santiago Carrillo y su equipo, con sus tesis de reconciliación nacional y transformación y paso pacífico del capitalismo al socialismo.

Fue en junio de 1956, cuatro meses después

del XX Congreso, cuando el Pleno del C.C. del PCE elaboró y expuso por primera vez la posición carrillista de "reconciliación nacional", confirmada y desarrollada en el VI Congreso, en 1959, en marcha ya en España el Plan de Estabilización del BIRD bajo control norteamericano y en vísperas de la etapa desarrollista.

Estas tesis carrillistas aplicadas al movimiento obrero y sindical, producen efectos tan importantes como negativos para el desarrollo revolucionario de la lucha antifranquista.

El PCE liquida la antigua Oposición Sindical Obrera (OSO), que sería retomada por el PCE (m-l), y se lanzó al control de las por entonces incipientes CC.OO., que en poco tiempo quedarían bajo su influencia.

A lo largo de los años 60 y 70, el PCE, con diversos altibajos, desarrolla CC.OO., configura y sistematiza su política sindical y organiza sus propias bases sindicales, que serán hasta hoy, junto a sectores medios tecnocráticos e intelectuales entre otros, las del revisionismo en nuestro país. En lo sindical estas bases tienen como eje organizador y dirigente a esa aristocracia obrera surgida al calor del desarrollismo franquista y que pretende alzarse con la representatividad del conjunto de la clase obrera.

El PCE, por tanto, se implantó en esa aristocracia obrera, que carecía formalmente de todo derecho político bajo el fascismo, como todo el pueblo, y arraigó en ella sus ideas reformistas y oportunistas. Fue a través de este sector como pasó a controlar en buena medida a las capas más conscientes y combativas del movimiento obrero.

Este casi monopolio de la aristocracia obrera, ganada por el revisionismo, en CC.OO. y de CC.OO. sobre una parte sustancial del movimiento, comenzó a quebrarse en la segunda fase de la transición y sobre todo en los años ochenta en que se dan dos hechos que tienen mucho que ver con la caída de la

influencia revisionista en la sociedad y en la clase obrera.

Primero, la crisis económica, que ya venía arrastrándose desde 1973, que lanza al capitalismo y los diferentes gobiernos de la monarquía a su servicio (especialmente a los del PSOE) a una feroz y tardía reconversión industrial que golpeará precisamente a casi todos los sectores hijos del viejo desarrollismo franquista (siderurgia, astilleros, una parte del automóvil, etc.); y junto a la masa obrera, dada la profundidad y persistencia de la crisis, es golpeada esa aristocracia que sostuvo los más brillantes años del revisionismo. Segundo, la aparición de la socialdemocrática, prácticamente ausente de la lucha antifranquista, que es elegida como favorita por la oligarquía y el imperialismo para aliviar sus problemas y que la apoyará con todos los medios habidos y por haber.

Las nuevas inversiones extranjeras, las nuevas empresas, las modernizaciones de otras, todo ello producto de la fuerte competitividad en época de crisis, y que se caracterizan, como se ha señalado en diversos estudios, por la "intensidad de capital respecto al empleo", las llamadas nuevas tecnologías, etc., han traído, junto a un aumento gigantesco del paro, un nuevo bloque de mano de obra cualificada, nuevos ejecutivos altos y medios, que fueron a engrosar las filas del PSOE y de la UGT, que pasa a ser hoy el primer sindicato por número de afiliados y por número de delegados.

Es en este panorama, muy someramente descrito, en el que aparece la quiebra revisionista, una quiebra política y electoral, causada en buena medida por la quiebra de su base social, la aristocracia obrera de los 60 y 70, golpeada hoy por la crisis, que gestiona y de la que se beneficia la socialdemocracia para construir sus propias bases, arrebatadas en muchos casos al revisionismo.

Ante esta situación, el revisionismo pierde to-

da iniciativa y arroja sobre CC.OO. su propia crisis, sometiendo al sindicato al vaivén de sus propias luchas intestinas y de camarillas, dispersando una parte de la aristocracia obrera y frenando y dificultando la solidaridad y la lucha del conjunto de trabajadores afectados por la crisis.

Mientras el carrillismo residual intentó aferrarse a los sectores que le dieron vitalidad sindical, el metal fundamentalmente, los pro-rusos se radicalizaron en su lenguaje al tiempo que buscaron el apoyo de sectores atrasados, sin obtener los más mínimos resultados. Por su parte, el sector que conservó las siglas PCE y que se ha impuesto en CC.OO., se planteó seguir el camino de UGT y de la socialdemocracia y competir en los nuevos sectores de la aristocracia obrera en alza. Es esta la tendencia que se impone mayoritariamente en el IV Congreso de CC.OO. y la política de acercamiento por arriba a UGT y el freno a toda crítica seria, de clase, a la socialdemocracia, pasa a ser norma de comportamiento de un revisionismo centrado en su propia socialdemocratización y sus luchas intestinas; un revisionismo que rehuye la lucha política e ideológica (*vacío él mismo de ideología propia*) con la socialdemocracia, para intentar un simple reparto de espacios políticos que aparecen como complementarios.

Es significativo en este sentido, la aceptación entusiasta por parte de todas las corrientes revisionistas de la política y las reformas soviéticas de Gorbachov, la llamada "perestroika". El propio dirigente soviético, en su discurso con motivo del 70 aniversario de la Revolución de Octubre dijo: "Invitamos a la colaboración... no sólo a los partidos hermanos (hermanos suyos, claro)... sino también a los socialistas, a los socialdemócratas".

Esta actitud es la del PCE, que se sitúa así, cada vez con mayor claridad, en el mismo campo ideológico que el PSOE, aunque desde unas posi-



ciones muchísimo más débiles y hoy por hoy menos útiles para la oligarquía.

Los comunes denominadores entre revisionismo y socialdemocracia son cada día más numerosos. De ahí que hoy la denuncia y el desenmascaramiento de la socialdemocracia a través de unos análisis de clase que esclarezcan en concreto a quién sirve y cómo lo hace su política en todos los sentidos (económica, exterior, comercial, policial, militar, etc.), haya adquirido nueva importancia para el trabajo revolucionario en el seno del movimiento obrero y sindical. La lucha contra la socialdemocracia está hoy, pese a que las diferenciaciones subsis-



tan, muy vinculada a la lucha contra el revisionismo.

Para nuestro Partido es éste un factor a tener en cuenta con especial atención, ya que uno de los objetivos más importantes que tenemos en el movimiento obrero es el de crearnos nuestra propia base sindical.

Afiliación sindical, responsabilidades sindicales y trabajo de Partido

Nuestro Partido aspira a ser reconocido como el representante de los intereses generales de la cla-

se obrera, pero la clase obrera está dividida y fragmentada económica y políticamente, de ahí la necesidad inmediata de forjar nuestra propia esfera de influencia política, nuestras bases sindicales entre los trabajadores ideológicamente más lúcidos, entre los sectores más explotados, entre la masa golpeada por la crisis, entre los colectivos cada vez más amplios que trabajan en condiciones indignantes (contratos eventuales, juventud, "autónomos" a la fuerza, etc.) y que, de hecho, tienen recortados y hasta prácticamente suprimidos sus derechos sindicales.

La socialdemocracia y el revisionismo siguen hoy usurpando la representación política y sindical de estos sectores, mayoritarios entre nuestra clase obrera.

Muchos no se sienten representados por ellos, pero tampoco ven con claridad otra alternativa que tenga suficiente fuerza, todavía no nos reconocen como su Partido, el Partido con una ideología y una política revolucionaria que puede representarlos y, con su concurso, evidentemente, dirigir los cambios revolucionarios que hagan avanzar y progresar la sociedad.

Hay datos que indican que en CC.OO. están hoy una buena parte de los sectores citados, ya sea como afiliados, ya sea como simpatizantes de un sindicalismo a la izquierda de UGT.

El burocratismo, el monopolio y el sectarismo revisionista reprime e impide en muchos casos la expresión de estos sectores de izquierda a quienes incluso se intenta imponer las alternativas electorales de la conveniencia del PCE.

La realidad es que más del 80 por 100 de los afiliados a CC.OO. no pertenecen a ningún partido y que, por ejemplo, tras las elecciones sindicales en Cataluña se comprobó que el 40 por 100 de los delegados elegidos en las listas de CC.OO. no estaban afiliados a esta central (ni a ninguna otra).

Todo ello deja traslucir que una cosa son los

afiliados y simpatizantes de CC.OO. y otra la burocracia sindical monopolista del PCE. Que una cosa es la política de esta burocracia en CC.OO. y otra la presencia de nuevos delegados que quieren luchar, y la existencia de corrientes de izquierda en la clase obrera que rechazan a UGT, que votan a CC.OO., pero que no llegan a afiliarse y rechazan el control sectario del PCE.

Todo ello indica que existe un campo de acción para nuestra política de clase y nuestras posiciones revolucionarias y que esa base social de los comunistas marxista-leninistas, de la revolución, está ahí, dispersa si se quiere, bajo la influencia de otras ideologías y políticas, pero real y expresada en cifras, datos y actitudes.

La materialización actual de todo ello, de esa base sindical, es el empeño por la afiliación a Comisiones Obreras y el reclutamiento de los más combativos y lúcidos para nuestro Partido, así como la conquista de influencia política que ha de reflejarse en el acceso de nuevos camaradas a nuevos puestos de responsabilidad sindical.

En el IV Congreso, en la prensa de CC.OO., en multitud de actas de reuniones de toda clase de organismos y asambleas de la Confederación se habla de lo mismo: afiliación, afiliación, afiliación. El revisionismo va haciéndose consciente de su extrema debilidad también en el terreno sindical y desea paliarla con nueva afiliación. Estamos, pues, ante una lucha encarnizada. Fortalecer al sindicato es dotarle de una política revolucionaria en ruptura con la del PCE y afiliar a nuevos luchadores, a obreros que no hayan sufrido la tremenda presión e influencia del revisionismo, a trabajadores que quieran luchar y rechacen los afanes monopolizadores y burocráticos, a trabajadores que se acerquen a la lucha y al sindicato a través de nuestra popia política sindical revolucionaria y abierta, de debate y confrontación, de esclarecimiento y actividad unitaria

real, en cada fábrica y a través de cada sección sindical.

A nosotros nos corresponde afiliarnos a CC.OO., como factor imprescindible para construir nuestra base sindical. Sólo así cobraremos fuerza e influencia real, operativa y contable entre la clase obrera, y ganaremos una correlación de fuerzas que nos permita ir neutralizando la influencia revisionista y socialdemócrata.



SOBRE TACTICA SINDICAL Y DESARROLLO DEL PARTIDO EN EL MOVIMIENTO OBRERO

Como ya se dijo en nuestra IV Conferencia Nacional de julio del 86, somos el único Partido que se plantea su actividad "en y con todos los sindicatos, con unos mismos planteamientos unitarios y revolucionarios".

Claro está que nuestra presencia física en todos ellos depende de los límites de nuestras fuerzas. Hemos dicho que nuestros esfuerzos principales están en CC.OO. pero también atendemos algún trabajo en UGT y mantenemos nuestro acercamiento a CNT.

Allí donde está el Partido, su comportamiento sindical ha de ser el mismo, adaptado, ciertamente, a las condiciones y correlación de fuerzas en cada sindicato, pero siempre en función de los intereses generales de la clase obrera y, en particular, de los más explotados.

Las grandes líneas de nuestra táctica sindical siguen siendo válidas, con las adaptaciones que las circunstancias han exigido. Hoy estamos enriqueciéndola y multiplicando las formas de su aplicación.

Todavía se mantienen algunos rasgos sectarios y, sobre todo, limitados del trabajo del Partido en los sindicatos. De hecho, se acepta en ocasiones la mentalidad revisionista de considerar CC.OO. como patrimonio particular del PCE. También se manifiesta esta actitud limitada en las críticas y ataques por la negativa a los bonzos sindicales; que hacen esto mal y aquéllo peor. Pero el Partido no está en los sindicatos de prestado, sino trabajando con verdaderos esfuerzos y más lucha que nadie por los intereses obreros; nuestras críticas deben basarse en nuestra actividad positiva, en nuestras propuestas de acción, de lo contrario, la actitud negativa en un terreno que a veces concebimos como naturalmen-



te de los revisionistas, no es sino hacer de reformistas de los reformistas.

El Partido debe ser un elemento dinamizador de la vida política y sindical en las secciones, las federaciones, uniones locales, asambleas. Promover y animar la información y los debates, las convocatorias y las luchas. *Todo ello no debe dejarse en manos del revisionismo, bajo su responsabilidad, para luego criticar lo mal que se ha hecho.*

Son nuestros camaradas quienes, con nuestra propia política, han de tomar en mano, llevar adelante la agitación, el llamamiento a los afiliados.

No estamos en el sindicato para dividirlo, ni para debilitarlo, ni para hacer política a la contra, de pura oposición, ni para ser la caución de izquierda del revisionismo.

Estamos para hacer sindicalismo y política de alcance revolucionario, para unirle frente y contra las luchas de camarillas revisionistas, para fortalecerlo con nuestra política que refuerza a los ele-

mentos combativos, para afiliar a nuevos miembros y para desarrollar y organizar en su seno el Partido de la clase obrera, que es el objetivo a alcanzar a través de las demás actividades.

El Partido va a al sindicato a hacer política comunista. El sindicato debe ser, es, el lugar natural e inmediato, incluso obligatorio, para desarrollar una política comunista. La mecánica sindical y el trabajo reivindicativo no son disculpa para dejar a un lado la política; al contrario, son las palancas básicas para impulsar dicho trabajo político.

La clase obrera está dividida. Existe una división objetiva agravada por la crisis (en paro, eventuales, fijos, discriminación de jóvenes y mujeres, diferencias artificiales de salarios, etc.) y una división subjetiva (diferentes partidos y sindicatos).

La división política e ideológica repercute a su vez sobre la situación objetiva y oscurece los elementos de unidad real que son los más importantes. De ahí que la división política e ideológica sea la más grave.

La división sindical es un producto directo de esta división político-ideológica. UGT, CC.OO., ELA-STV, etc., se corresponden en sus líneas fundamentales con PSOE, PCE, PNV, etc. Distintas tendencias políticas e ideológicas se reflejan hacia el movimiento obrero en diferentes organizaciones sindicales.

De ahí la necesidad de que el Partido de la clase obrera, se plantee en su táctica y estrategia la lucha por la unidad de clase y la defensa de los intereses generales comunes de la clase obrera. Lucha que pasa por el aislamiento de esas corrientes que dividen y enfrentan trabajadores con trabajadores.

Naturalmente no es una lucha lineal y el comportamiento de unas y otras tendencias es diferente en diferentes momentos, compiten entre ellas e intercambian alianzas. Los comunistas no podemos arremeter en bloque contra todas ellas y en todo momento; se trata de hacer política y de establecer alianzas flexibles, que no nos aten las manos en nuestra actividad independiente y al mismo tiempo nos permitan avanzar y evitar nuestro propio aislamiento.

Defendemos el debate político abierto y la intervención de los partidos de izquierda en los sindicatos, pero luchamos porque esa intervención no sea emboscada, de pasillos, sino clara y explícita para que la clase obrera pueda distinguir y diferenciar sin manipulaciones ni engaños.

Hoy el problema más grave de la clase obrera no es la división sindical, reflejo de la política, sino el mismo problema de Partido, de su Partido. Se está poniendo en cuestión la misma necesidad del Partido de vanguardia de la clase obrera (necesidad ferozmente atacada por la burguesía y la socialdemocracia y puesta en cuestión por el revisionismo). Se cuestiona la existencia o no existencia del Partido que aúne los intereses de los diferentes sectores obreros y se proponga acabar con las pretensiones de los sectores de aristocracia obrera de representar a toda la clase, que organice la vanguardia y que tenga una línea, una táctica, una estrategia, una organización...

Este Partido existe y demostrarlo en la práctica forma parte de nuestro trabajo en los sindicatos.

Además existe el problema de su presencia y desarrollo adecuado. Nuestro objetivo es la conquista de ese desarrollo que permita el avance de la lucha.

El Partido en el sindicato no está, pues, para sindicalizarse; muy al contrario, debe politizar el sindicato, reivindicar su papel político y plantear

su propia necesidad, la necesidad de su crecimiento y desarrollo.

Nuestro objetivo, lo hemos dicho anteriormente, es la conquista, la construcción de nuestras bases sindicales. De ellas saldrá nuestro ejército de primera línea, es decir, el reclutamiento para el Partido, la organización del Partido en su propia clase. A ese objetivo está orientado y dirigido todo lo demás.

Sin ejército no se pueden ganar batallas y menos la guerra, y la revolución es la mayor y más importante de las guerras para la clase obrera; en realidad, la única guerra que merece la pena.

Evitemos, pues, el aislamiento radical en los sindicatos. Nos dirigimos a la mayoría y los enemigos de la mayoría, del sindicato, son los revisionistas, la socialdemocracia, nunca los comunistas.

No a las peleas y enfrentamientos como francotiradores: no somos radicales, somos revolucionarios, de vanguardia y la vanguardia es aquella que convence y organiza, que es capaz de conducir a la lucha y dirigirla; el radical es el que se conduce y dirige tan sólo a sí mismo.

No a las batallas perdidas de antemano para cosechar derrotas; Lenin pedía "una victoria cada día, aunque sea pequeña".

Para ello preparemos nuestro ejército, nuestra acumulación de fuerzas. Permanentemente y ante cada problema específico, recurramos a los compañeros, a los afiliados; muchas personas pueden no estar con nosotros en todo o en los planteamientos generales, pero sí en lo concreto de cada día.

No esperemos a otro período congresual de CC.OO. para avanzar, para ganar nuevos puestos de responsabilidad sindical.

Debemos intervenir en todos los órganos de propaganda sindical, gacetas, boletines de rama, locales, etc. y exponer en ellos nuestras opiniones, críticas,... fomentar la información y la participa-

ción de otros compañeros, individual y colectivamente. En cuanto a la propaganda de Partido hemos de poner en primerísimo lugar el "Vanguardia Obrera" y después todo tipo de hojas, evitando su sindicalización y procurando que el tono de análisis y orientación sea el que corresponde al Partido.

En resumen: hacer política sindical de clase, afiliarse a CC.OO. y a los sindicatos donde trabajamos, reclutar para el Partido y multiplicar nuestra propaganda en el seno de los sindicatos.

Por último, dejemos bien claro que *toda esta labor debe ser dirigida y controlada por los comités*



del Partido, auxiliados de los organismos o comisiones que sean convenientes, pero nunca debe traspasarse esa dirección a tales comisiones, cosa que se da con harta frecuencia. Los comités han de seguir con atención plena y regularidad semanal la marcha de nuestro trabajo en el movimiento obrero y el desarrollo en él de nuestras fuerzas y nuestras fuerzas son los camaradas, candidatos y amigos, pero también los que afiliamos al sindicato y esta afiliación también ha de analizarse y seguirse desde los comités.

Febrero 1988



PRENSA Y PUBLICACIONES CONSULTADAS

- *5 Días*
- *El País*
- *El Independiente*
- Informe Económico del Banco Exterior de España. "La crisis de los 70"
- Informe del IV Congreso de CC.OO.
- Ponencias del IV Congreso de CC.OO.
- Informe socioeconómico de la Comunidad Autónoma de Madrid.
- Informe del XXXI Congreso del PSOE
- *Vanguardia Obrera*, órgano del C.C. del PCE (m-l)
- Actas de CC.OO

**PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA
(MARXISTA—LENINISTA)**

SEDE CENTRAL:
C/ Libertad, 7, tercero dcha.
28004 Madrid. Tlf. 232 76 66

EDITA
Partido Comunista de España (marxista—leninista)

